REUNIÓN QUE MANTUVE CON EL EMPERADOR NAPOLEÓN BONAPARTE EN BAYONA .

El día 21 de Mayo de 1808 el Emperador me hizo ir a su gabinete en el Palacio de Marrac a eso de las siete de la tarde. El palacio se encuentra a escasamente un kilometro en las afueras de Bayona. Allí mantuvimos el siguiente diálogo:

**Bonaparte.** Hacía mucho tiempo que a la vista de la idea que me han formado de vuestra rectitud e instrucción, deseaba hablarle sobre los negocios de vuestro Príncipe, sobre todo, cuando por mi situación, no puedo por menos que tomar parte en la desgracia del Rey su padre, que ha implorado mi protección. Se la debo. Toda Europa tiene puestos sus ojos en mí. Las circunstancias en que hicieron su renuncia de la Corona en Aranjuez, con sus guardias y un pueblo amotinados y en tumulto, me hacen ver que fue forzado a hacerla, y encontrándose ya, en aquellos días, mis ejércitos en España, y tan cerca de la corte, se podría creer que yo mismo habría tenido parte en aquella violencia, que representa ante todas las cortes europeas el mal ejemplo de un hijo que ha conspirado contra su padre, y le ha arrebatado la Corona. Debo pues evitarlo, y hacer ver al mundo que no soy capaz de apoyar un atentado tan injusto como escandaloso. Por consiguiente, jamás podría reconocer al Príncipe D. Fernando como legitimo Rey de España , hasta que el Rey, su padre, que me ha enviado su protesta formal hubiese renovado en plena libertad y a su favor la pretendida renuncia. Por otra parte, los intereses de mi imperio exigen que la Casa de Borbón, a la que debo mirar como enemiga implacable de la mía, no reine en adelante en España. Es también por el interés de vuestra nación, pues separándola de una dinastía cuyos últimos reyes le han causado todos los males que la tienen tan irritada, se logrará una reconstrucción mejor bajo la dinastía que yo propondré para que la coloque en su trono, y que estará íntimamente ligada a Francia. Evitará de este modo y para siempre el único enemigo que por su vecindad y poder es capaz de dañarla. El mismo Rey Carlos IV, conociendo la debilidad de sus hijos para manejar el gobierno de la nación en tiempos tan difíciles y queriendo evitar a su pueblo las desgracias que le amenazan, está decidido a cederme sus derechos y los de su familia al trono de España. Esto me ha determinado a no tolerar que en adelante lo ocupe la dinastía de Borbón; pero estimo tanto al Príncipe D. Fernando, que con tanta confianza ha venido a verme a Bayona, que es con él , con quien quiero tratar este asunto, y cuento hacerle una propuesta que tanto a él, como a sus hermanos, les compense en lo posible, lo que la política del Imperio precisa a hacerles perder en España.

Le propondréis pues de mi parte que renuncie a todos sus derechos a la corona de España, que yo le cederé la corona de Etruria, con el título de Rey, con entera independencia para él y sus herederos varones a perpetuidad. Le adelantaré un año de las rentas de aquel estado como un don para establecerse en él. Le daré también por esposa a mi sobrina para asegurarle una vez firmado el tratado mi más profunda amistad.

Si accede a estas proposiciones, este tratado se firmará al momento y con toda la solemnidad y formalidades que se requieren; si no, haré otro con su padre, que llegará aquí un día de estos, y entonces, ni el Príncipe ni sus hermanos serán admitidos a tratado alguno, ni podrán contar con la menor compensación. En cuanto a la nación española, si el Príncipe D. Fernando consiente a este tratado que le propongo, yo le aseguraré en el mismo su total integridad e independencia bajo la nueva dinastía, y la conservación de su religión, leyes y costumbres. A esto se reduce todo en su conjunto; pues yo para mí nada quiero de España, ni siquiera una aldea. En lo demás, si mis proposiciones no se acomodan a vuestro Príncipe, y quiere volverse a España, está libre; puede irse cuando quiera, arreglando entre él y yo antes un término para su vuelta, después del cual comenzarán entre ambos las hostilidades.

**Escoiquiz.** Me agrada infinito, Señor, el honor de poder expresaros personalmente todos los sentimientos de admiración y de respeto profundo, que hace mucho tiempo le profeso. Estoy también sumamente reconocido al concepto que se ha dignado formar de mí y miro como una obligación sagrada poder confirmarlo, hablando a V.M. con la veracidad que ningún hombre honrado debe jamás separarse. Creo también que no podría haceros un agravio más cruel, que el de disimular y ocultar el menor de mis sentimiento en un asunto que interesa tanto su gloria como el bien estar de mi Rey y de mi patria a los que debo toda mi fidelidad. Espero pues que V.M. se dignará permitirme que le hable con toda franqueza y todo el respeto que le debo.

**Bonaparte.** Puede vmd. decir cuánto quiera. Sé que es un hombre de bien y lejos de ofenderme su sinceridad le estimaré más por ella.

**Escoiquiz.** Con esta seguridad, Señor, no puedo menos que manifestaros la sorpresa que me ha causado su proyecto, que mi Rey y mi nación estaban tan lejos de sospechar. Mediante la estrecha alianza, que hace más de un siglo se mantiene entre ambos estados, después de su renovación que la ha hecho aún más íntima bajo el imperio de V.M., después de los esfuerzos que desde esta época hasta hoy ha hecho España para sostener a Francia en todas sus guerras, incluida la que habéis hecho para destronar la rama de los Borbones de Nápoles, esfuerzos en que España ha sacrificado sus escuadras y sus tesoros, y que la han agotado totalmente; después que su gobierno ha entregado sus plazas fronterizas, y abierto la entrada en su corte de los ejércitos de V.M. con toda la confianza que puede inspirar la más ciega amistad; después de las intenciones notorias del Rey D. Fernando, para hacer aún más fina esta alianza, manifestadas en el deseo, siendo aún Príncipe de Asturias, que os expresó de enlazarse con una Princesa de vuestra augusta casa. Deseo cuya exposición, aunque solicitada en vuestro nombre por el embajador Beauharnais, fue mirada como un delito y estuvo a punto de costarle la vida. Durante los pocos días que lleva de reinado, ha renovado el mismo deseo, y ha dado a V.M. tantas pruebas del mismo afecto y sinceridad, y sobre todo la de venir aquí con tal confianza a ponerse en sus manos, no obstante la negativa de vuestros representantes a reconocerle como legítimo Rey.

Permitidme también que persuadido de esta negativa, como el proyecto de privar al rey D. Fernando y a su dinastía de la corona de España, no pueden venir sino de algunos falsos informes, que habrán llegado a vuestros oídos acerca de los asuntos de aquel reino. Me tomo la libertad de exponer su verdadero estado, y de hacer ver a V.M. que este proyecto y aquella negativa son contrarios a vuestros intereses políticos así como lo son para España y para mi Soberano.

Comenzaré por una sencilla y verídica narración de los hechos que han precedido a la renuncia del Rey Carlos IV. A la vista de la notoriedad de los hechos, bastará para probar que aquella renuncia no ha sido forzada, sino totalmente libre y voluntaria de su parte. Tomaré los hechos desde su origen, esto es, desde la demasiado famosa conspiración del Escorial, que como tendré el honor de demostraros no fue más que una acusación calumniosa contra el Rey Fernando, entonces Príncipe de Asturias, y no existió más que en la malignidad del Príncipe de la Paz, sostenida por la preocupación de la Reina en su favor, y en la débil credulidad de Carlos IV. Nadie puede hablar de aquellos sucesos con más conocimiento de causa que yo, pues fui el primer móvil de todos los pasos que sirvieron de base a aquel ridículo proceso criminal. Estos se redujeron a las entrevistas que mantuve en nombre de D. Fernando con Mr. De Beauharnais, embajador de V.M. en Madrid, sobre la carta, que a petición suya, le hizo entregar el Príncipe a través mío para V.M., en la que rogaba de sus buenos oficios con sus padres, para hacerles aprobar su deseo de enlazarse con una Princesa de su augusta casa. Esto era para D. Fernando un medio infalible de truncar todos los proyectos del Príncipe de la Paz, poniéndose bajo la protección de V.M.

**Bonaparte.** En aquella ocasión mi embajador excedió sus poderes, puesto que jamás le había mandado que tratase con el Príncipe de Asturias, ni mucho menos que exigiese de él semejante carta, que en cualquier otra ocasión hubiera sido una desobediencia para con su padre. Digo en otra ocasión, porque no pretendo con esto culparos a vos, aunque sé que con su consejo me la dirigió, pues no ignoro que las circunstancias extraordinarias en que se hallaba el Príncipe, hacían legítimo este proceder.

**Escoiquiz.** En efecto, Señor, veo con mucha satisfacción que estáis persuadido de que fue una consecuencia del recelo que teníamos de la desenfrenada ambición del Príncipe de la Paz, y de las oscuras tramas que preparaba para oprimir al Príncipe D. Fernando, en el caso de que el Rey, su padre, que estaba peligrosamente enfermo, viniese a fallecer, ya sea para usurparle el trono o para conservar bajo cualquier titulo la autoridad absoluta de que gozaba.

**Bonaparte.** Estoy perfectamente instruido de todo eso. Sé también que todo lo que se ha imputado como un delito tanto a vos como al Duque del Infantado, y a las demás personas implicadas en la trama del Escorial, no fue más que un efecto de la lealtad, y no tuvo otro objeto que impedir los proyectos que creían se habían elaborado contra su Príncipe, para cuando su padre muriese, pero sin faltar al respeto ni la fidelidad que a este se debía mientras viviese.

**Escoiquiz.** Nada pues tengo que añadir a lo que el conocimiento de la causa por parte de V.M. me ha demostrado, salvo la contradicción de los dos decretos sucesivos publicados en nombre del Rey Carlos antes de la instrucción de aquella causa, y la sentencia unánime pronunciada por los once consejeros que la juzgaron, en que nos declararon a todos inocentes, y absueltos, a pesar del influjo, las amenazas y el despotismo del Príncipe de la Paz, y de la preocupación del Rey y la Reina contra nosotros, basten para disipar cualquier duda sobre la conducta del Príncipe de Asturias y la nuestra en todo el asunto.

**Bonaparte.** Estoy enterado de todos esos detalles y de la inocencia del Príncipe Fernando en todo lo que acaeció en aquella época. Pero el odioso hecho de Aranjuez, aquella renuncia del Rey Carlos verificada en medio de un pueblo enfurecido, aquella deserción de sus guardias que en lugar de sostenerle contribuyeron a oprimirle y a forzarle a que la hiciese. La facilidad del Príncipe D. Fernando en admitirla, su conducta y la de sus partidarios en aquella ocasión ¿no debe hacer creer a toda Europa, como a mí, que aquella renuncia fue involuntaria y forzada? Además, en el primer momento que el Rey Carlos ha gozado de una sombra de libertad, es decir, dos días después ha confirmado aquella violencia, dirigiéndome una protesta formal, hecha en el mismo día de la renuncia contra su legitimidad, e implorando mi protección para proteger su vida y su autoridad contra su hijo y sus vasallos.

**Escoiquiz.** No puedo ponderar, Señor, lo feliz que me hace tener que tratar de esta materia ante un Monarca dotado de un ingenio tan superior, de tan vastos conocimientos y de un carácter aún más grande que todo su poder. Voy pues a presentar a los ojos de V.M. los acontecimientos de Aranjuez bajo su verdadero aspecto, y espero desvanecer la impresión siniestra que pueden haberle dado de ellos. Yo, es cierto que no me encontraba allí en aquella ocasión, estaba desterrado, como también el Duque del Infantado, y confinado en un monasterio en el desierto a cien leguas de la corte, como consecuencia de la causa del Escorial, pero tuve el informe más exacto y detallado de todas sus circunstancias.

Por descontado eran de notoriedad pública y así puedo aseguraros su autenticidad sobre el testimonio de toda España, además me las confirmaron cuantas personas imparciales las habían presenciado que tuvieron ocasión de hablarme y el resultado es el siguiente.

El alboroto del pueblo de Aranjuez no tuvo otra causa que la indignación pública exaltada al máximo por la noticia del proyecto de trasladarse el Rey con toda su familia a Andalucía. Y por el recelo que desde allí, a ejemplo de la corte de Portugal, abandonase España, para ir a establecerse a alguna de sus colonias en América. Todo había estado tranquilo, hasta que los preparativos para aquél viaje, el aviso de oficio que se dio de él al Consejo de Castilla, y la orden expedida a fin de que todas las tropas de la guarnición de Madrid acudiesen con la mayor celeridad a Aranjuez para asegurar su ejecución. Era imposible que la certeza dejase de causar la mayor indignación en un pueblo tan celoso del honor de su patria, y tan amante de sus Reyes como el español. Las mismas tropas no podían dejar de compartir con él, al ver que se intentaba hacerlas servir de instrumento para apoyar un proyecto tan vergonzoso, y tan funesto para la nación.

En aquella disposición unánime y exaltada de los ánimos, no eran necesarios para que explotaran, que interviniese plan alguno. La sublevación del pueblo no tuvo otro impulso que un aumento repentino y general del aborrecimiento que alimentaba durante tanto tiempo hacia el Príncipe de la Paz, causado por la certeza de que era también el autor de aquel proyecto.

El único objeto de aquel tumulto fue castigarle y estorbar la fuga de los Reyes y su familia. Pero el pueblo conservando aún en medio de su mayor furor, todo su respeto y lealtad para con sus Reyes, se contentó con buscar al Príncipe de la Paz en su casa, y no habiéndole encontrado, con pedir al Rey su justo castigo y la revocación del viaje proyectado. Sin la menor queja contra SS.MM., mostrando la más profunda veneración a sus personas, no cesando de gritar vivas al Rey, y expresando su más fiel afecto con aclamaciones continuas.

En cuanto a los Guardias de Corps y las demás tropas que estaban en Aranjuez, lejos de tomar parte en el motín, acudieron con la mayor rapidez a librar la casa del Príncipe de la Paz de la violencia del pueblo, y después de haberla asegurado, se juntaron a las que estaban ya formadas delante del palacio del Rey, para moderar si fuera necesario el hervor de la muchedumbre siempre que algún malévolo, lo que no sucedió, se hubiese atrevido a faltarles al respeto. Es verdad, que al mismo tiempo que aquellas tropas cumplían, y hubieran cumplido siempre, una obligación tan sagrada, estoy seguro que se hubieran negado a asesinar a aquel buen pueblo para sostener la tiranía del Príncipe de la Paz, pero en fin no se les dio tal orden. Sé también que los jefes de aquellos cuerpos militares consultados por el Rey y la reina al principio del tumulto sobre el modo de apaciguarlo, les hablaron en el mismo sentido, es decir, a favor de las peticiones del pueblo, tanto para que abandonasen todo proyecto de fuga, como para que separasen de la corte al Príncipe de la Paz, despojándole de los privilegios que había arrancado de la dignidad del Rey. Estoy persuadido asimismo de que dichos jefes mostrarían una repugnancia invencible a emplear la fuerza para reducir al pueblo, que no tenía otro delito que el de manifestar su amor a sus Monarcas, pidiéndoles lo más justo y necesario para la felicidad de la nación.

¿Se necesitaba otro motivo para que el enemigo más cruel de su patria, el Príncipe de la Paz, y los Reyes engañados por sus artificios, hayan pintado a V.M. a aquellos jefes y aquellas tropas como los rebeldes más declarados?, los hechos desmintieron en aquel momento la injusta imputación que habrán hecho, sin duda, SS.MM. a V.M. contra su propio hijo el Rey D. Fernando. En efecto, el Príncipe de la Paz fue hallado el día siguiente al primer alboroto, oculto en una buardilla de su casa. El pueblo se amotinó de nuevo y empezaba ya a maltratarle cuando acudieron en su socorro los guardias de Corps seguidos de otras tropas. Y le defendieron de su furor, hasta que el mismo Príncipe de Asturias, se presentó en medio de la turba y logró calmarla, prometiendo que se le formaría causa y facilitó de esta forma a los guardias que le salvasen conduciéndole a su cuartel sin que hubiera recibido más que algunas ligeras heridas.

Apenas estuvo encerrado allí, el pueblo se sosegó, y después de haber saludado a los Reyes con repetidas aclamaciones, se dispersó sin más escándalos. No se había oído durante todo el motín ni siquiera una voz contra SS.MM. o contra el gobierno.

Cuando estuvo todo en la más profunda tranquilidad, fue cuando el Rey Carlos, aquel mismo día, a las cuatro de la tarde, hizo llamar a D. Pedro Ceballos, su Secretario de Estado, y sin que nadie hubiese pensado en decirle una palabra relativa a que renunciase a la corona, le repitió S.M. lo que había dicho ya muchas veces en los años precedentes, como también a otros muchos sujetos de su corte, a saber, que estaba ya cansado de gobernar, que requería una tranquilidad que el estado de su salud le hacía indispensable. Y le añadió, que en consecuencia quería aprovecharse de aquel momento para renunciar a la corona a favor del Príncipe, su hijo y heredero. Le mandó que escribiese para ello el decreto en la forma acostumbrada en tales casos y se lo trajese inmediatamente para firmarlo. Esto estuvo hecho aquella misma tarde, y en seguida lo comunicó el Rey Carlos al Príncipe delante de toda la familia real y de los principales personajes de la corte. Les manifestó la mayor alegría por lo que acababa de hacer, diciendo entre otras cosas al Nuncio del Papa Monseñor Gravina, y al Ministro de Rusia Conde Strogonoff, que jamás había ejecutado cosa alguna con mayor gusto, añadiendo para probarlo, que no habiendo estado hacía mucho tiempo en condiciones de firmar de puño propio a causa de sus dolores reumáticos, su gesto en aquella ocasión le había dado fuerza para firmar su renuncia. En fin, que todos sus procederes, todo lo que dijo sobre aquel asunto iba destinado a no dejar ninguna duda sobre la libertad de aquel acto.

Estoy con todo persuadido, de que tal vez en los países extranjeros, en que se ignora el estado de las cosas de España, se habrá dicho, que el Príncipe D. Fernando debía haberse negado o al menos diferido su consentimiento a una renuncia hecha en circunstancias tan extraordinarias, ya por respeto filial, ya por no manchar su reputación. Pero esta objeción no lo es para aquellos que conocen el estado de las cosas en España, y ven claramente que no permitía al Príncipe D. Fernando titubear ni retardar un momento la admisión de la renuncia. La Reina que no se había opuesto a aquella renuncia, en un instante, en que el ansia de salvar al Príncipe de la Paz le preocupaba, quizás si se hubiera demorado un día más, hubiera hecho variar la resolución a su esposo con la misma facilidad con que se dio después de hecha la renuncia, hacerle protestar contra ella, y declararla forzada. Es indudable también, para quien conoce su carácter, y su inclinación a favor del Príncipe de la Paz, que animada por aquel primer paso, hubiera persuadido al infeliz Rey no solo a que le devolviese la libertad, sino a que le colocase cuanto antes al frente del gobierno. ¿Qué horribles resultas debían de seguirse de esto? El aborrecimiento ya implacable de la nación contra el favorito, trocado en desesperación, volviéndose al fin contra los mismos Reyes, los hubiera derribado de su trono y los hubiera envuelto con toda su familia y con él en la misma ruina que los hubiera destruido y aniquilado. Juzgad pues, Señor, si el Príncipe D. Fernando, por una delicadeza fuera de tiempo debía exponer su reino a tan crueles desgracias.

**Bonaparte.** Sea cual fuere el colorido que se le quiera dar a la sublevación de Aranjuez, y a sus resultas, es preciso, Canónigo, que me confiese que todas las apariencias y en especial la protesta del Rey Carlos hecha el mismo día de su renuncia, poco después de haberla firmado, prueba a los ojos de todos los que no están enterados de las disposiciones interiores, es decir, a los ojos de toda Europa, a excepción de un corto número de sus compatriotas que pueden saberlas, que la renuncia no fue libre ni voluntaria, sino forzada, como resulta de que el Rey Carlos en medio de la consternación en que le puso un tumulto tan peligroso. Y la renuncia firmada el mismo día aunque estuviese ya aparentemente calmado, me hace inconcebible, que hubiese podido cambiar de voluntad en un término tan corto, hasta el extremo de protestar contra su renuncia. Así pasará esta universalmente, por haber sido arrancada a la fuerza por temor a un peligro inminente.

**Escoiquiz.** No he dado a los sucesos de Aranjuez otro colorido que el de la pura verdad notoria a todos los españoles, y que podrá ser conocida con la misma certeza por todos los habitantes de Europa. Lo mismo digo de las circunstancias que acompañaron la renuncia del rey Carlos. Por consiguiente si en algún país extranjero por falta de las precauciones necesarias para hallar la verdad, no se forma el mismo juicio que en España, será un falso juicio como otros muchos que no deben de servir de regla. No habiendo existido, como ya se ha dicho, la menor sombra de peligro para el Rey ni para ninguna persona de su familia, no pudo ser el temor el que dictó su renuncia.

En lo demás, Señor, yo confieso que la mutación repentina de resolución que da a entender su protesta con fecha del mismo día, aunque yo creo que no la hizo hasta dos días después, es decir, cuando la remitió a V.M., sorprenderá a aquellos que no conozcan la increíble flaqueza del infeliz Rey, pero no a los que la saben. Esclavo de la Reina, en quien tenía depositada su confianza, hubiera firmado, y firmaría a la menor insinuación suya el acto al parecer más opuesto a sus propias convicciones, como firmó dicha protesta dictada por la preocupación de aquella contra el Príncipe su hijo, y por su deseo de salvar al Príncipe de la Paz, que ella temía fuese juzgado con rigor. Pero yo hablo, Señor, de algo que no puede haberse ocultado a una vista tan penetrante como la de V.M. , y mucho menos una flaqueza tan extraña que ha hecho incurrir al Rey Carlos en tantos y tan inconcebibles errores, y que conoce, me atrevo a decir todo el universo.

**Bonaparte.** No ignoro, Canónigo, lo que se cuenta de esa debilidad suya, pero hay en su renuncia otras circunstancias, además de las que he dicho, que confirman su nulidad. Un acto como ese que requiere ser reflexionado largo tiempo antes de hacerse, ser consultado con los representantes del reino, que debe ejecutarse con la lentitud y la solemnidad que exige su formalidad, y que ha sido no obstante pensado y verificado de un modo tan repentino en el mismo día de una sedición, y que el mismo día, o si lo prefiere, dos días después ha sido revocado como forzado, por el mismo que lo ha hecho. Jamás pasará a los ojos de los hombres sensatos por un acto libre y voluntario. Acuérdese de los ejemplares que la historia de España nos presenta de Carlos V ó de Felipe V, y verá con que exactitud se observaron en ellos todas las formalidades y todas las precauciones que he indicado. ¿Qué diferencia encuentra entre aquellos actos y el de Aranjuez?

**Escoiquiz.** Convengo, Señor, que hay entre ellos alguna variedad, pero no que pueda de modo alguno perjudicar a la validez del de Carlos IV. Para que un acto como este sea completamente válido, no se necesita más que la libertad de parte del que lo hace, y la solemnidad prescrita por las leyes para el mismo acto, y ambas cosas han acompañado el acto de renuncia del que hablamos. Por lo tocante a la libertad creo haberla probado. En cuanto a la solemnidad del acto habiendo sido hecho ante Secretario de Estado, firmado por el Rey, comunicado en forma al Consejo, y a toda la corte, sin la menor reclamación de su parte y con orden de hacerlo saber a todos sus vasallos. No hay ley alguna que exija más. Toda otra formalidad es puramente accesoria, no puede influir de manera alguna en la validez del acto, y su observación depende únicamente del antojo del que lo hace. La omisión de dichas formalidades accesorias en el caso presente debe imputarse al carácter caprichoso del mismo Rey Carlos, que era solo el arbitro de practicarlas o de omitirlas, y a las circunstancias infelices en que había puesto el reino por su mal gobierno, que requerían que se evitase toda lentitud para sacarle de ellas. Nada digo de su protesta, pues habiendo sido el acto de su renuncia completo y válido, no tenía poder ni derecho alguno para retractarlo, y por tanto debe ser mirada como nula y carente de ningún valor.

Esta explicación me parece más que suficiente para satisfacer a las dificultades opuestas contra la validez del acto de renuncia, pero para hacerla más completa aún debo añadir que la resolución de hacer dicha renuncia, no puede considerarse como tomada tan repentinamente, y en el momento preciso de la sublevación de Aranjuez, sino que fue el efecto de una disposición muy decidida y muy anterior del Rey, fundada en su estado ruinoso de salud, y sobre el insuperable fastidio que sentía para el manejo de los asuntos de Estado. Además de las pruebas que en muchas ocasiones durante los años precedentes había dado a sus Ministros y a otras personas de la corte de esta disposición. Esto mismo fue lo que le llevó anteriormente a dictar los decretos por los cuales se descargó sobre el Príncipe de la Paz sucesivamente, del mando de todas sus fuerzas de mar y tierra, del nombramiento de casi todos los empleos, y en fin del derecho de hacer por sí mismo la paz y la guerra. Para decirlo todo en una palabra, la autoridad, de que se revistió a aquel favorito, fue tal, que no le dejaba más que el simple nombre del Rey. Así la renuncia hecha después a favor del Príncipe su hijo, no fue más que una repetición de la que había hecho de todo su poder en manos del Príncipe de la Paz, con la única diferencia que siendo hecha a favor de su heredero legítimo, no se descargó solo de la autoridad, sino también del título que le da derecho a ella.

**Bonaparte.** A pesar de todas las reflexiones, Canónigo, yo me atendré siempre a mi máxima de que una renuncia hecha en un día de tumulto popular, y revocada inmediatamente, jamás debe tenerse por legítima. Pero dejando esto a un lado, ¿puedo yo olvidar que los intereses de mi casa y de mi Imperio, exigen que los Borbones no reinen más en España?

(Al decir estas palabras, me cogió el Emperador con el mejor humor del mundo la oreja, y tirando de ella con gracia, añadió) :

Aunque tuviese razón en lo que ha dicho, Canónigo, yo le repetiría : Mala Política.

**Escoiquiz.** Conozco toda la fuerza de esa palabra, pero yo presumo, Señor, de poder probar que la sólida política, es a decir, el mismo interés verdadero de V.M. y de su imperio se opone a esa determinación. No ignoro la extremada diferencia que hay entre mis luces, limitadas sobre estas materias, y los vastos y profundos conocimientos de V.M., pero como el carácter del Rey Fernando, el de la nación española, y sus disposiciones actuales deben ocupar mucho lugar en el cálculo necesario para decidir el caso presente, y yo me hallo en situación de tener sobre estos objetos datos ciertos, que a causa de la distancia, quizá no habrán llegado a V.M., puede suceder, que tenga la fortuna de que le hagan fuerza mis razones, y de que se convenza de la solidez de mi modo de pensar.

**Bonaparte.** (Sonriéndose con el mismo buen humor, y tirándome con bastante fuerza de la oreja.) Me han hablado mucho de vmd., Canónigo, y veo con efecto que caza vmd. muy largo.

**Escoiquiz.** (Sonriendo también.) Perdóneme, Señor, pero me parece que V.M. caza infinitamente más largo que yo. Los hechos lo dicen. La ventaja no está seguramente de mi parte.

**Bonaparte.** (Después de haberse reído mucho.) Pero volviendo a lo nuestro. Es imposible que no vea, como yo, que mientras los Borbones reinen en España, yo no puedo esperar una alianza sincera con ella. Ellos la fingirán mientras se vean solos, por la inferioridad de sus fuerzas, no podrán dañarme. Pero su odio no esperará más que el momento en que yo me vea en guerra con el Norte, cosa a que estoy expuesto cada día, y se reunirán a mis enemigos para acometerme. ¿Qué más pruebas quiere para ello, que la perfidia que el mismo Carlos IV, no obstante su pretendida fidelidad en mi alianza, quiso hacerme la guerra en el momento mismo en que me creyó más embarazado en la guerra con Prusia, pocos días antes de la batalla de Jena, para lo que esparció en su reino la famosa proclama, que no ignoráis, dirigida a armar todos sus vasallos contra mí?. Jamás mientras los Borbones ocupen ese trono, tendré mis espaldas seguras. Y las fuerzas de España, siempre considerables, pueden serlo aún más si hay un hombre de talento a la cabeza del gobierno, e incomodarme muchísimo. No se admire de que le repita, ¿mala política?

**Escoiquiz.** Permítame que le asegure, que la rama de los Borbones de España, en las circunstancias en que se halla, bien lejos de causar a V.M. el menor recelo, debe ser cada día más fiel a su alianza, y más útil al sistema que quiere establecer sobre el continente, y que al contrario, nada puede ser más opuesto a este establecimiento, ni a los intereses de su casa y de su imperio, que el privarla del trono.

Por descontado que esta rama de Borbón, separada hace largo tiempo de las otras, no puede tenerlas un gran afecto a fuerza de los lazos de un parentesco tan remoto. Bien lo hizo ver en el reinado de Fernando VI, negándose a contraer la menor alianza con Francia. No solamente no la sostuvo en sus guerras con Prusia e Inglaterra, sino que aparentando la más estricta neutralidad, manifestó cuanto pudo sin faltar abiertamente a ella, su preferencia a los ingleses, sus enemigos.

Si Carlos III su sucesor mudó de plan, e hizo con la rama de Francia el famoso pacto de familia, todo el mundo sabe que no fue por afecto a ella, sino por su rencor contra los ingleses a causa de la sangrienta ofensa que le habían hecho obligándole por medio de una escuadra suya, bajo amenaza de bombardear Nápoles, en donde reinaba entonces, a retirar sus tropas del ejercito de Felipe V, su padre, y fijándole con la mayor insolencia el plazo de dos horas para decidirse a ello : injuria que jamás pudo olvidar.

En cuanto a Carlos IV hizo, es verdad, la guerra a Francia en la época de la muerte de Luis XVI. ¿Pero la hubiera hecho acaso si se hubieran contentado con destronar y desterrar a aquel desgraciado Monarca? No se movió, sino cuando vio su vida amenazada, y aún entonces consintiendo en reconocer la separación de su dinastía del trono. No fue pues la atención al parentesco, sino la indignación a un atentado que amenazaba a todos los Reyes, la que le puso las armas en la mano.

El Rey de Suecia Gustavo, que nada tenía en común con los Borbones, hizo algo parecido. Era preciso no ser Rey, para no tomar su partido en esa época. Con todo, apenas sucedió en Francia a la tiranía un gobierno más moderado, cuando Carlos se apresuró no solo a hacer las paces, sino a estrechar aún más con dicho gobierno su anterior alianza. Esta disposición amistosa no hizo más que acrecentarse, desde el instante en que para la felicidad de Francia, y de toda Europa, tomó V.M. las riendas de aquel gobierno. El destierro de los Príncipes franceses, la destrucción de todas sus esperanzas, la privación misma del trono de Nápoles, ejecutada en su hermano el Rey Fernando, lejos de hacer la menor sensación en el ánimo de Carlos IV, no hicieron sino más intima su alianza con V.M.

En cuanto a la proclama publicada cuando lo de la batalla de Jena, en que V.M. funda sus sospechas del odio innato de los Borbones contra su persona y su casa. Es cierto, que debió mirarse como una declaración de guerra, la más ofensiva por sus circunstancias; ¿Pero fue acaso obra de un Borbón, de Carlos IV? V.M. sabe mejor que yo que no lo fue, sino del Príncipe de la Paz, que tuvo que vencer toda la oposición del Rey, que no cedió a su empeño, sino en fuerza de una debilidad tan notoria como inconcebible, que por lo mismo no puede citarse como prueba ni atribuirse a odio alguno del Rey contra V.M. ni su casa.

¿Y qué diré de las amistosas disposiciones de su hijo Fernando, de su afecto, de su estimación, de su respeto que V.M. pueda ignorar?. Siendo aún Príncipe de Asturias, dio una prueba bien fuerte de ellas, exponiendo a V.M. con riesgo de su vida sus deseos de enlazarse con una Princesa de su casa. Apenas ha ocupado el trono cuando se ha apresurado a renovar la misma proposición por escrito, y no contento con esto, a pesar de las reticencias de los representantes de V.M. en reconocerlo como Rey, ha venido personalmente a solicitar la misma gracia, y se ha puesto con la más filial confianza en vuestras manos. Ninguna sospecha, ningún temor le han detenido. Tenía una idea demasiado grande de la equidad, de la generosidad de un héroe, que siempre había admirado, para dar lugar a la menor desconfianza.

¿Qué razón puede pues haber para que V.M. recele por su parte la menor enemistad, la menor aversión contra su augusta familia, contra su imperio, cuya alianza además por todos los respetos es el primer interés político de España? Y si llega a verificarse el casamiento que desea con una Princesa imperial, ¿no pertenecerá de más cerca a la casa de su esposa, no la mirará con mayor interés que a unos parientes apartados, que han considerado siempre con indiferencia?¿No adoptará entonces todos los sentimientos de un hijo de V.M. y de un Príncipe de su familia?.

**Bonaparte.** Canónigo, no hace más que forjar cuentos. Sabe muy bien que una mujer es un lazo demasiado endeble para fijar la conducta de un Príncipe, y que este lazo no es comparable al que proviene del parentesco de la sangre y de un origen común. ¿Y quién puede fiarse del influjo que podrá tener la esposa de Fernando sobre su corazón?¿Depende acaso éste de otra cosa que de la casualidad y de las circunstancias? Y en fin su muerte desatará todos los vínculos entre la casa de su esposo y la mía. ¿Y entonces, aunque ella durante su vida haya adormecido su mutuo aborrecimiento con su influjo, no volverá a resucitar de inmediato?

**Escoiquiz.** Yo espero con todo que no tendréis mis proposiciones por cuentos, si se digna considerar el influjo que por precisión ha de tener una esposa juiciosa y llena de mérito en un Rey joven, equitativo y moderado en una materia en que concuerda el bien de sus vasallos con el cariño que la tendrá precisamente por poco que añada a sus prendas el arte que nunca falta a su sexo, y más para hacer valer la razón. Lo digo, Señor, con esta franqueza, porque no hablo con un Monarca ordinario, a quien yo podría, si fuese capaz de faltar a la verdad, no solamente disimular mi modo de pensar en este punto, sino aún hacer adoptar ideas imaginarias. Tengo al contrario la honra de tratar con V.M.I. cuya penetración no puede ser engañada. Sería yo muy poco diestro si no apelase en todos mis discursos a la mayor sinceridad. Ella sola es la que puede hacerle fuerza.

En este sentido puedo decir, que aún cuando el casamiento aludido no se llevase a efecto, la dulzura y el genio pacífico del Rey Fernando debían bastar para convenceros de que jamás abandonará una alianza que le asegura la protección de la única potencia que puede amenazar su existencia política. Alianza a cuya fiel observación le obligan además sus intereses políticos. Sobre esto, el modo de pensar de todos los sujetos que rodeamos a este joven monarca debe confirmarle esta verdad.

**Bonaparte.** Sé que vos y los demás con quienes comparte actualmente su confianza, conocen demasiado bien sus verdaderos intereses, para inspirarle otras ideas, ¿pero os figuráis acaso que siendo tan joven, como es, os conserve seis meses esa confianza? No os engañéis, Canónigo, sois demasiado hombre de bien. El primer cortesano que se cruce en su camino le engañará, como ocurrió con su padre, se apoderará rápidamente de todo su favor, hará que os separen del manejo de sus asuntos de Estado, y ganado por Inglaterra , le hará adoptar un sistema radicalmente opuesto al de vmd. No puedo fiarme de esto.

**Escoiquiz.** Estoy seguro de que nos conoce demasiado bien nuestro joven Monarca, para privarnos tan fácilmente de su confianza.

Además, lejos de ser su carácter débil aunque sea pacífico, tiene talento, tiene firmeza y adquirirá cada día más con la experiencia. Y realmente sería necesario que fuese el más débil y el más negado de los hombres, aún cuando nos apartase de su lado , para abandonar por la mera sugestión de un favorito, supuesto que lo tuviese, una alianza cuyas ventajas reconocen unánimemente todos sus vasallos. Pero aunque yo admitiese este supuesto, como posible, nunca sería en el caso en que estuviese enlazado por el matrimonio a vuestra augusta casa. Todos los favoritos del mundo no bastarían entonces, a contrapesar la menor insinuación de su esposa.

**Bonaparte.** Canónigo, a vos, le tiene a cuenta ahora el ponderar la fuerza de ese influjo, pero yo no creo tanto en ella.

**Escoiquiz.** V.M. no le dá el mismo crédito porque mide un poco el carácter de los demás Príncipes por el suyo, pero vos sois la excepción de la regla, quizá única aún en esta delicadísima materia que jamás cederá a otro influjo que al de su propio ingenio.

**Bonaparte.** Vamos, no hacéis más que presentarme castillos en el aire. ¿Podré tener la misma seguridad por parte de España, mientras reinen en ella los Borbones, que si poseyese su cetro un Príncipe de mi familia?, este podrá tener, tal vez, alguna discordia conmigo ó con mis sucesores, pero jamás será un enemigo de mi casa, jamás querrá su ruina, como los Borbones, sino que la sostendrá siempre, cuando vea que se trata de su existencia.

**Escoiquiz.** Por descontado, sin repetir los motivos de confianza que he mencionado, mientras V.M. reine, no necesita de otra garantía de la fidelidad de la alianza de España, que de la preponderancia de su ingenio y de sus fuerzas, sea que reinen los Borbones o un Príncipe de su familia. En cuanto a los sucesores de V.M., si heredan, lo que es harto difícil, la fuerza de su ingenio, como su vasto imperio disfrutarán de la misma seguridad, pero si no, el peligro de verse acometidos por España será el mismo, si ocurre la ocasión, sea que los Borbones dominen en ella o sea que un Príncipe de su casa la posea. Pues como nos enseña la historia, los vínculos de la sangre nada suponen para los Soberanos. El menor interés, ambición o capricho de un Ministro acreditado o un favorito, un enlace con otra familia bastan para transformar los más cercanos parientes, en implacables enemigos.

Pero permítame, que sin insistir sobre este por venir, vuelva a las probabilidades que nos presenta el momento actual, que son las únicas de que los humanos deben con preferencia aprovecharse, y que le expongan, las funestas consecuencias que van a producirse por la decisión del cambio de dinastía en España, en perjuicio de los intereses de V.M. y de su imperio.

Toda Europa tiene sus ojos fijos en Bayona, espera el efecto del viaje del Rey Fernando. Si V.M. para determinarlo, no consulta más que su corazón noble y magnánimo, estoy seguro de que Europa le hará justicia y aplaudirá unánimemente su generosidad. Las potencias enemigas, envidiosas de su gloria, se verán precisadas a confesar que sois tan equitativo con vuestros aliados como terrible para sus adversarios. Esta prueba de su moderación disminuirá sus celos, enfriará su odio, disipará los recelos de perder su independencia, que Inglaterra esparce entre ellas.

En cuanto a la nación española, que adora a su joven Monarca, que aguarda su vuelta con una paciencia imponderable, que presume que V.M. será su apoyo, y que hará para con él las veces de un padre y una madre, a quienes jamás ha conocido, sino por su aborrecimiento injusto y antinatural. Que alimenta la dulce esperanza de ver consolidar para siempre, por medio del matrimonio, la estrecha alianza que une a ambos pueblos. Es imposible explicar lo que sentirá al recibirle de manos de V.M.

Vuestro nombre quedará grabado en los corazones de todos los españoles como el del salvador de su monarquía. No sabrán que hacer para manifestarle su vivo agradecimiento. Si V.M., como ha anunciado, tiene la bondad de honrarles con una visita a su capital, acompañado del joven Rey, puede estar seguro que toda la nación le recibirá de rodillas, le bendecirá y jamás olvidará sus beneficios. Y aún cuando el Rey Fernando fuese capaz de querer romperla, el horror de todos los españoles a semejante idea, le forzaría a abandonarla. Pero visto el carácter leal de este Monarca, esta es una suposición imposible. Fernando y sus vasallos le sostendrían siempre, con todas sus fuerzas contra sus enemigos.

Si al contrario insistís en la mudanza de dinastía, permitidme que le asegure que excitará de un modo increíble la envidia y el odio de las potencias extranjeras. Su desconfianza, el temor de perder su propia independencia, a la vista de un ejemplar tan terrible como el más fiel aliado, dará nuevas y poderosas armas a Inglaterra para animarlas, y para animar sus coligaciones y guerras contra V.M.

¿Y qué diré de los españoles?. No dudéis, Señor, que os jurarán un aborrecimiento eterno. Pasarán siglos sin que este aborrecimiento contra vuestra casa y contra Francia se aplaque: hablo por experiencia, aunque ha pasado ya un siglo desde la guerra de sucesión de Felipe V, el rencor de las provincias de Aragón, Cataluña y Valencia, contra su casa, contra Francia y aún contra los mismos castellanos, que le habían sostenido, no se ha calmado totalmente, sino en la coronación del Rey Fernando. El aborrecimiento reciente contra la tiranía del Príncipe de la Paz, y las esperanzas de felicidad que les aseguraba el carácter del nuevo Rey, han sido capaces de reunirlos con sinceridad al resto de españoles, y de apagar su antiguo rencor con la casa reinante. Hasta ahora no les ha faltado más que una ocasión favorable para romper. ¿Qué diferencia tan grande de un caso en que se trataba de tomar partido entre dos Príncipes, cuyos derechos eran dudosos y tenían divididos todos los ánimos, a éste en que ninguna duda los divide, en que ya tienen todos un Rey al que adoran, y que solo la fuerza puede obligarlos a reconocer a otro?. Solo un exterminio total de los españoles podrá colocarle en su trono.

**Bonaparte.** Exageráis las dificultades, Canónigo, yo nada temo de la única potencia que pudiera darme alguna inquietud. El Emperador de Rusia, a quien advertí cuando nos vimos en Tilsit, de mis proyectos sobre España, que fechan desde aquel tiempo, los aprobó y me dio palabra de no oponerse a ellos, y en cuanto a las demás potencias se guardarán muy bien de , descontado que todos los grandes, todas las gentes acomodadas se estarán quietas para no perder sus propiedades, y emplearán todo su influjo con el pueblo para calmarlo. Además el clero y los frailes, a quienes haré responsables de todo desorden, ejercitarán también el suyo, que es muy grande en aquel país. Solo, pues, el populacho podrá sublevarse en algún punto, pero algunos castigos severos bastarán para volverlos a su deber. Créame que los países donde hay muchos frailes, son fáciles de sujetar. Tengo experiencia de ello. Lo mismo ha de suceder con los españoles, sobre todo cuando vean que les ofrezco la integridad y la independencia de su monarquía, una constitución más libre y más razonable y la conservación de su religión y sus costumbres.

**Escoiquiz.**  Venero vuestras opiniones y reconozco la inferioridad de mis alcances y de mis conocimientos políticos, pero os dignareis perdonarme, si instruido a fondo del carácter de mis paisanos, me atrevo a decirle que creo que los grandes, los ricos, los eclesiásticos y los frailes serán los primeros en dar al pueblo el ejemplo del sacrificio de cuanto tienen, y del entusiasmo a favor de su Rey Fernando, y que toda la nación en masa se opondrá con energía a la introducción de cualquier otro Soberano.

**Bonaparte.** Aunque eso sucediese, aunque necesitase sacrificar doscientos mil hombres, de todos modos habría de ser lo mismo, y yo estoy bien lejos de creer que se necesitase tanta pérdida de gente para subyugar España.

**Escoiquiz.** Mi dictamen no cuenta para V.M., pero yo supongo además, que en este primer momento, en que sus fuerzas están prontas, en posesión de Madrid, y dueñas de todas las plazas fronterizas, mientras que los españoles no tienen por su parte ni tropa, ni dinero ni provisiones de guerra. Ni siquiera un punto de reunión ó una autoridad que los dirija, estos llevarán lo peor, padecerán pérdidas, sufrirán golpes, pero todo ello no hará más que agriarlos, no los subyugará. El furor les dará armas y la desesperación los unirá y les hará adoptar un sistema enérgico de gobierno. Portugal hará causa común con ellos, Inglaterra le tenderá su mano para sostener una explosión tan útil a sus miras. Lo abrupto de su suelo les proporcionará una posición más fuerte, setecientas leguas de costa les permitirá recibir cuantas provisiones y socorros necesiten, tanto de sus poderosas colonias que ofrecerán todos sus tesoros para auxiliarlos, como de Inglaterra. Una población de catorce millones de almas, incluido Portugal, les darán cuantos hombres quieran. Los franceses al contrario privados de socorro por mar, en un país tan vasto, mal sano para ellos y escaso de víveres, se verán obligados a hacerse llevar en gran parte sus provisiones de su país, y por tierra, teniendo como enemigos a todos sus habitantes. Aunque logren algunas ventajas parciales, tendrán que abandonar la empresa.

Pero supongamos que las cosas no fueran así, que consigan poner España a sus pies. Jamás la nueva dinastía se verá tranquila en su trono. Estará sobre un volcán y la fuerza solo podrá retardar su explosión. V.M. se verá obligado a tener siempre a dos o trescientos mil hombres esparcidos en sus provincias para impedir que se subleven. El nuevo Rey no reinará sino sobre cadáveres y ruinas, sobre esclavos furiosos, listos a la menor ocasión a romper sus cadenas. ¿Y les faltará esta ocasión?. Inglaterra y las demás potencias envidiosas de Francia ¿tardarán acaso mucho en ofrecérsela? Será pues la guerra de España una hidra indestructible que aunque no pueda sacudir enteramente el yugo de V.M. mientras reine, será quizá a la larga la causa de la destrucción de su casa en tiempo de sus sucesores.

Pero yo supongo, contra mi propio dictamen, que España quede enteramente sujeta y pacificada y se acostumbre al nuevo yugo. Pero aún en este caso, ¿de qué utilidad será su alianza para V.M. y para su imperio?, arruinada, desierta, reducida a la mayor miseria, privada de todas sus inmensas colonias y por consiguiente de sus riquezas y de su marina. ¿Qué será para Francia sino una carga, cuando la vasta extensión de sus costas la exponen a continuos ataques de parte de Inglaterra?

**Bonaparte.** Vais demasiado deprisa, suponéis que España perderá sus colonias, yo en cambio tengo esperanzas muy fundadas en conservarlas. No creáis que yo me he dormido. Tengo inteligencia en la América española. He enviado anticipadamente varias fragatas a aquellas costas, para entretenerlas, y lo espero todo de estas medidas.

**Escoiquiz.** Desconfío demasiado de mis conocimientos para atreverme a contradecir esas esperanzas. Puede suceder que el tiempo venidero me pruebe su solidez. Pero los datos que tenga sobre la disposición de los ánimos de nuestras colonias no me dejan duda alguna de que se separarán todas de su metrópoli antes de reconocer su nueva dinastía. Digo más, el menor descontento, aunque reinase Fernando, bastaría para romper una unión, que ya hoy en día no pende sino de un hilo que es el hábito.

Perdóneme V.M. si contando con la libertad que se ha dignado concederme, para que le exponga, sin disfraz todos mis conceptos, me atrevo a asegurarle que estoy tan persuadido de la infalibilidad de esta separación de las colonias al cambio de dinastía, que si fuera necesario apostaría sobre ello todo lo que tengo de más preciado en el mundo.

¿Y cuáles serán los efectos de esta separación?. España que no tiene otro comercio activo, que el que hace con ellas y que saca también de allí casi todas sus provisiones navales, quedará sin marina mercante ni militar, y por consiguiente, ve ahí la marina de guerra de Francia, su aliada, privada de otras tantas fuerzas contra los ingleses.

Francia pierde además la parte que tiene del comercio de aquellas colonias, por los privilegios que tiene de amistad con España, que aún podía aumentarse bajo el reinado de Fernando.

Toda Europa, cuya riqueza ha aumentado considerablemente desde el establecimiento de dichas colonias, por la continua llegada de sus metales preciosos, va a ver como disminuye en la misma proporción dentro de pocos años. Se verá al mismo tiempo privada de todas las ricas producciones naturales de América, como lo está ya en gran parte de las de Asia, sin las cuales no podrá pasar o tendrá que comprarlas al precio que digan los ingleses.

¿Y qué diré de Inglaterra? Celebrará el día en que España cambie de dinastía como su día más feliz. Dueña del mar, lo será también de todo el comercio y por consiguiente de todo el oro y la plata de América. Su población, sus riquezas, su marina tomará un aumento incalculable, y tomará una posición de comprar y armar todos sus pueblos contra V.M.

**Bonaparte.** Además de que va, como ya le he dicho, demasiado deprisa en sus cálculos, como no estoy de acuerdo con vmd. en los principios sobre que los funda, nada tengo que decirle, sino que reflexionaré aún sobre esta materia, y que mañana le haré saber lo que haya determinado irrevocablemente.

**Escoiquiz.** Yo espero, Señor, de vuestra generosidad y profunda sabiduría, que su decisión será favorable a mi Rey y a mi patria.

He aquí, prácticamente literal, lo que pasó en la primera reunión. El día siguiente fui llamado otra vez a presencia de S.M.I., que comenzó la conversación por decirme, que había tomado la resolución invariable de ejecutar su proyecto de cambio de dinastía en España, que en consecuencia diese parte de ello al Príncipe Fernando, y que este respondiese categóricamente si accedería al cambio propuesto de la Toscana, y a la cesión de sus derechos sobre España, y esto antes de la llegada del Rey Carlos su padre, que en caso de que accediese al tratado, se haría inmediatamente y con la mayor solemnidad. Que en caso de no acceder a aquella propuesta nada adelantaría, pues conseguiría la misma cesión del Rey su padre. La Toscana quedaría incorporada a Francia y el Príncipe perdería toda compensación.

Desconsolado hasta lo sumo al ver desvanecida toda esperanza, repetí no obstante bajo un nuevo aspecto y con la nueva fuerza que fui capaz de añadir, las principales razones antes alegadas para ver si era posible hacerle cambiar de idea, y viendo que todo era inútil, dije lo siguiente:

Señor, la resolución de V.M. es tanto más dolorosa para mí, cuanto además de la desgracia de mi Rey y de mi patria, tengo que llorar también la perdida de la reputación de todos cuantos hemos estado alrededor del Rey Fernando, cuando a emprendido su viaje a Bayona. Nos echarán la culpa de él, y particularmente a mí, a causa del mayor influjo que me han supuesto sobre su ánimo. Aunque mi carácter es demasiado conocido para que el público juicioso pueda sospechar de mí la menor sombra de traición, me creerá siempre el más imprudente y el más ciego de los hombres. Y aunque al fin llegase a saberse, que antes que los que le rodeábamos estuviésemos enteramente decididos a aconsejarlos, se determinó por sí solo a hacer el viaje, apurado de las instancias del Embajador de S.M. le dio sin consultarnos su palabra y hasta le fijó el día de la partida. Nos acusarán siempre, cuando menos de no haberle disuadido de cumplirla.

**Bonaparte.** Con todo, Canónigo, no tiene motivos de aflicción. Vmd. y los demás que se hallan en el mismo caso, no podían tener la menor sospecha de mis verdaderas intenciones, que nadie sabía, y contra las que había en apariencia las más fuertes objeciones políticas.

**Escoiquiz.** Todo eso es indudable, pero con todo, como la multitud no funda jamás sus juicios sobre datos que ignora ni sobre máximas políticas a que no alcanza, ni sobre su inclinación a creer siempre lo peor, y por desgracia, ha acertado en esta ocasión. Jamás excusará la determinación del viaje a Bayona. Sabéis mejor que yo, que los tontos y los ignorantes juzgarán siempre de la conducta de los asuntos por su efecto, sea el que fuere la sabiduría que haya presidido a su dirección. Aplauden el manejo más imprudente y más temerario, con tal que el suceso lo acompañe y censuran sin piedad al que termina mal, por más juicio y prudencia que se haya empleado en él.

**Bonaparte.** ¿Y qué otra resolución podían tomar, en las circunstancias en qué se hallaban que la de venir a Bayona?

**Escoiquiz.** Sé muy bien, que estando ya, por la inconcebible conducta del Príncipe de la Paz, las plazas fuertes y las provincias fronterizas de España, en vuestro poder, y la misma corte rodeada por un ejército de sesenta mil hombres de sus tropas, que podían destruirla en un momento, hallándose, como lo sabíamos, el Rey Carlos y la Reina su mujer prontos a sostener a V.M. en todas sus empresas. Estaba verdaderamente el joven Rey encerrado en una red, cuyo cabo tenía V.M. aquí, para traérselo cuando quisiera sin temer ninguna resistencia. Pero ¿quién puede persuadir de esta verdad a la inmensa mayoría de la gente, cuya opinión dominan siempre las cabezas más ardientes, los malévolos y los ignorantes? ¿Habrá quién le saqué jamás de la creencia en que está, por absurda que sea a los ojos de la razón de que la débil guarnición que había a la sazón en Madrid, junta con un populacho desarmado, bastaba no solamente para defender al Rey Fernando, sino para acabar con el ejército francés? Esta ridícula confianza, este error extravagante, no sólo alucinó entonces a la gente ignorante en Madrid, sino, lo que parece increíble a la mayor parte de los miembros del Consejo secreto del Rey, y opuso un obstáculo insuperable para el caso en que se hubiese querido adoptar el medio único que, aunque acompañado de grandes riesgos, podía poner en libertad al Rey Fernando. Este medio por otra parte amenazaba consecuencias tan espantosas que debía retraernos de ponerlo en práctica, a no ser en el solo caso de que la resolución de V.M. para destronarle nos hubiese constado con certeza, y por desgracia teníamos datos y motivos los más fuertes para creer todo lo contrario.

**Bonaparte.** ¿Y qué medio era ese, Canónigo?

**Escoiquiz.** El de hacer huir secretamente al joven Rey.

**Bonaparte.** ¿Y donde le hubieran llevado vmds.?

**Escoiquiz.** A Algeciras, Señor, en donde teníamos ya un pie de ejército, aunque muy débil, y estábamos vecinos de Gibraltar.

**Bonaparte.** ¿Y qué hubieran hecho vmds. Después?

**Escoiquiz.** Siempre constantes de nuestra máxima de conservar una alianza estrecha, pero decorosa con V.M., le hubiéramos propuesto perentoriamente continuarla, con la condición precisa de que nos devolviese sin la menor dilación las plazas fronterizas y retirase todas sus tropas de España, y en caso de que os hubieseis negado a ello, le hubiéramos hecho la guerra con todas nuestras fuerzas hasta el último extremo. Tal era, Señor, mi dictamen, en el caso en que hubiéramos sabido de algún modo sus verdaderas intenciones.

**Bonaparte.** Vmd. pensaba muy bien, y era eso todo lo que había que hacer.

**Escoiquiz.** ¡Si hubiéramos tenido por delante algunos meses!, si los sucesos de Aranjuez, hubieran acaecido antes de la entrada de vuestras tropas en España, antes de que ocupase nuestras plazas fronterizas, por la condescendencia inexplicable de ese miserable del Príncipe de la Paz, estaríamos bien libres de la desgracia que nos aflige. V.M. tendría en nuestro joven Rey un aliado fiel y muy útil, o en caso que hubierais querido ejecutar vuestro plan actual, aunque no teníamos fuerzas para invadir sus estados, las hubiéramos tenido suficientes para defender el nuestro. Pero aquél vil, aquél pérfido favorito…., perdonad Señor, si le doy los epítetos que merece.

**Bonaparte.** (Interrumpiéndome.) Pero vmd. da de él una idea que no es justa. No se ha conducido tan mal en su gobierno.

**Escoiquiz.** ¡Cuánto celebraría, Señor, poder tener una conferencia con él en presencia de S.M., entonces vería V.M. como la verdad confunde la impostura. Conocería todas las culpas del tal desventurado favorito, le vería quedar mudo, ponerse pálido delante de un acusador a quién no podía engañar.

Sé con todo muy bien, que el conocimiento de V.M. no necesita de semejante prueba para conocer, a pesar de los intereses de su política, mejor aún que yo, su carácter, y el de los Reyes, de cuya bondad ha abusado. Jamás por consiguiente he podido persuadirme, que V.M. en el fondo de su corazón les concediese el menor aprecio, ni pudiese desconocer la inocencia de Fernando. Sería de mi parte, el atribuir a V.M. otros sentimientos, una ofensa imperdonable, hecha al más magnánimo y al más perspicaz de los héroes, aunque como persona pública, juzgando sobre los datos aparentes, la poderosa razón de estado le estorbe manifestarlos en su conducta.

**Bonaparte.** (Sonriéndose) Sin convenir precisamente en todo lo que vmd. supone, no dejo de conocer lo que son las mujeres y los favoritos, pero al fin la suprema ley de los Soberanos, que es el bien del Estado, me impone la obligación de hacer lo que hago.

**Escoiquiz.** Habiendo agotado, Señor, todo lo que tenía que decir a V.M. sobre estos asuntos, sería inútil que instase sobre ellos. Así que me ciño a suplicar rendidamente que consulte aún más la equidad, y la generosidad de su corazón, que la voz siempre dudosa de la política, antes de poner en ejecución su proyecto.

**Bonaparte.** (Sonriéndose y tirándome con fuerza de la oreja.) Pero vmd. , Canónigo, no quiere entrar en mis ideas.

**Escoiquiz.** (Sonriéndose también) Antes al contrario, quisiera de todo corazón, que aunque fuese a costa de mis orejas, adoptase V.M, las mías. Pero nuestros intereses son opuestos, lo que me aflige tanto más, cuanto creciendo cada instante mi admiración y mi afecto hacia V.M., desde que tengo el honor de hablarle, sería para mí la mayor satisfacción el no tener que hacer cerca de su augusta persona otro papel que el de complacerle con la más respetuosa conformidad a todas sus voluntades, pero una obligación sagrada me lo impide y V.M. me hará justicia.

**Bonaparte.** Se la hago, vmd. se porta como un hombre honrado, y como un fiel vasallo.

Aquél mismo día y los siguientes habló el Emperador sobre los propios asuntos con los Duques del Infantado y San Carlos, y con D. Pedro Ceballos, Ministro de Estado del joven Rey, ya juntos, ya separados, y a veces en mi presencia, explicándose siempre en el mismo tono. En vano le expusieron, poco más o menos las mismas razones que yo, cada uno bajo un nuevo aspecto, con la mayor fuerza y la más noble franqueza. Había ya tomado su resolución, y como lo había dicho, irrevocable.

Tuve aún algunas otras conferencias privadas, igualmente sin fruto, con S.M. Las tuvimos también, tanto las tres personas que acabo de citar, como yo, con el general Savary y con Mr. De Champany, Ministro de Relaciones Exteriores, y yo en particular con Mr. De Pradt, Obispo de Poitiers, Limosnero del Emperador, y poco después Arzobispo de Matines, pero también sin éxito alguno. Una mañana entre otras en presencia del Rey Fernando y de su hermano el Infante Don Carlos, hice un discurso bastante largo a S.M.I., en el cual, después de tocar ligeramente las razones que ya le había expuesto de forma tan extensa. Procuré moverle por medio de consideraciones sacadas de su propia gloria, y de la compasión que debían inspirarle aquellos desgraciados Príncipes, que podían mirarse más como dignos de lástima, que unos verdaderos huérfanos, pues que sus padres, a quienes habían querido siempre y respetado, eran sus más implacables enemigos. Como hablaba de corazón, hablé con tanta fuerza y sensibilidad, que le vi un momento conmovido, pero advirtiéndolo sin duda él mismo, interrumpió de pronto mi arenga para disimularlo, y volviéndose hacia los Príncipes les dijo : Este Canónigo quiere mucho a V.V.A.A.

Por la tarde de aquél mismo día, habiendo conferenciado S.M.I. con el Duque del Infantado, le dijo chanceándose : El Canónigo me ha hecho esta mañana una arenga a la manera de las de Cicerón. Pero no quiere entrar en las razones de mi plan. A esto se redujo el fruto de mi elocuencia ciceroniana.

(Debe advertirse que este lenguaje era indispensable, si se había de sacar partido del aquél hombre vano y feroz. La verdad no podía llegar a su empedernido corazón, a no ser envuelta en el humo de las expresiones más lisonjeras. Se hablaba en Bayona, y con un Atila. No hay más que decir….